

LOS DOLORES DE LA VIRGEN

TERCERA MEDITACIÓN

E. *Quinto dolor: La crucifixión y muerte de Jesús*

Ahora vamos a considerar el quinto dolor, es decir: la crucifixión y muerte de Jesús.

1. *María al pie de la cruz*

Es cosa de admirar **una nueva clase de martirio**: una madre condenada a ver morir ante sus ojos, ejecutado con los más crueles tormentos, a un Hijo inocente y al que amaba con todo su corazón.

Como dice el Evangelista San Juan (**Jn 19, 25**): «*Estaba junto a la cruz su Madre*». No se le ocurre al Apóstol decir otra cosa para ponderar el martirio de María, basta decir sólo eso: «*Estaba junto a la cruz su Madre*».

Por eso San Alfonso nos exhorta, diciendo: «contéplala junto a la cruz, a la vista de su Hijo moribundo y después dirás si hay dolor semejante a su dolor».

Y eso es lo que vamos a tratar de hacer hoy, detenernos también nosotros en el Calvario para considerar esta espada que traspasó el corazón de María por la crucifixión y muerte de su Hijo Jesús.

Apenas Jesús llegó al Calvario, lo despojaron de su túnica. La túnica estaba pegada a las llagas por la sangre coagulada. El dolor por lo tanto fue atroz. Propiamente le arrancaron con gran violencia sus vestidos y con eso reabrieron las heridas, y al mismo tiempo reavivaron los dolores de la terrible flagelación.

Y, todo esto **lo veía la Virgen María** que ya estaba, también, en el Calvario.

Y luego, lo peor, el trágico momento de la crucifixión, es decir, la transfixión de pies y manos, clavaron, tachonaron las manos y los pies del Señor a la Cruz, lo fijaron al madero con esos tres clavos cuadrados, como diría Melitón de Sardes: «clavos amargos y acerados». Este dolor sí, que no se puede describir, cada martillazo, era un martillazo en el corazón de la Virgen.

Y precisamente, durante semejante tortura, la Virgen María y todos los presentes, escucharon aquellas palabras de Jesús (**Lc 23, 34**): «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», según opinión de muchos, las palabras más conmovedoras de todo el Evangelio.

Así, una vez crucificado el Señor, fijado a la cruz, lo dejaron colgado tres largas horas, hasta que muriera.

Una vez terminado el trabajo de la crucifixión, los verdugos se retiraron para divertirse y sortear las vestiduras del Señor, sorteando aquella túnica inconsútil que había tejido la Virgen María para su Hijo Jesús.

Lo abandonaron los verdugos, pero no lo abandonó María. Entonces se acercó más a la cruz para asistir a su muerte. Le dijo la Santísima Virgen a Santa Brígida: *«Yo no me separaba de Jesús y estaba muy cerca de la Cruz»*.

San Buenaventura le hablaba a la Virgen en estos términos: «Señora, ¿Por qué no te detuvo la vergüenza y el horror de semejante crimen?». Y, el mismo santo respondía: *«No te detuviste porque tu corazón no pensaba en su propio sufrimiento, sino en el dolor y en la muerte de tu Hijo amado; y por eso quisiste tú misma asistirle, acompañando a Jesús estando al pie de la Cruz»*.

La Virgen María le reveló a Santa Brígida el estado lamentable de su Hijo moribundo, cómo Ella veía a Jesús en la cruz durante esas largas horas: *«Estaba mi amado Jesús en la cruz con todas las ansias de la agonía: los ojos hundidos, entreabiertos y mortecinos; las mejillas amoratadas y el rostro demudado, la boca entreabierta y reseca, los cabellos ensangrentados, la cabeza caída sobre el pecho, el vientre contraído, los brazos y las piernas entumecidos y todo su cuerpo lleno de llagas y de sangre»*.

2. María participa en todos los dolores de su Hijo

Todos estos sufrimientos de Jesús eran a la vez los sufrimientos de María. Cuantas eran las llagas en el cuerpo de Cristo, otras tantas eran las llagas en el corazón de María. No podemos olvidar que la Madre es el espejo del alma del hijo... ¡Espejo del alma! Por lo tanto, todo lo que sufría Jesús, lo sufría la Virgen Madre en su corazón...

Por eso, afirma con toda razón San Juan Crisóstomo: «El que entonces se hubiera hallado en el Calvario, hubiera encontrado **dos altares** en que se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el **cuerpo** de Jesús y otro en el **corazón** de María».

Pero más acertado parece lo que dice San Buenaventura: en realidad, había sólo un altar, es decir, la sola cruz del Hijo, en la cual, junto con la víctima que era este Cordero de Dios, se sacrificaba también la Madre; por eso el santo le pregunta: «Oh María, ¿dónde estabas? ¿Junto a la cruz? con más propiedad diré que estabas en la misma cruz sacrificándote crucificada con tu mismo Hijo».

Así se expresaba San Agustín: «La cruz y los clavos fueron del Hijo y de María; crucificado el Hijo, también estaba crucificada la Madre».

En efecto, porque como dice San Bernardo: «lo que hacían los **clavos** en el cuerpo de Jesús, lo hacía el amor en el corazón de María»; de manera que, como escribe San Bernardino: «al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba su alma».

3. María muestra la mayor fortaleza

Queridos hermanos: Se estaba obrando la redención del mundo, Cristo colgaba de la cruz de tres duros clavos, la Virgen María permanecía de pie, su pena era grande como el mar y nadie la podía compartir; su dolor estaba más allá de las palabras.

No había palabras para expresar todo lo que venía sufriendo y todo lo que sufría al pie de la cruz, porque, allí al pie de la cruz la Virgen:

- Lo veía desnudo a su Hijo y no lo podía cubrir.
- Lo veía sediento y no le podía dar de beber.
- Lo veía injurado y no lo podía defender.
- Lo veía traspasado de dolor por los clavos y no lo podía confortar.
- Veía los ojos de su Hijo llenos de lágrimas y no se los podía enjugar.
- Veía todo el cuerpo de su Hijo hecho una llaga y no lo podía sanar.
- Veía el rostro de Jesús cubierto de inmundas escupidas y no lo podía limpiar.
- Veía que no podía respirar y no lo podía aliviar.
- Sentía el último respiro de su Hijo y no lo podía abrazar.
- ¡Cuántas lágrimas habrá derramado la Virgen!
- ¿Quién puede describir los dolores de la Virgen, si no podemos describir los dolores del Hijo?

Y, al mismo tiempo, viendo a su Hijo crucificado, tenía que escuchar los insultos y las burlas que contra Él proferían, como dice San Mateo (**Mt 27, 39**): «*Los que pasaban blasfemaban contra él moviendo la cabeza*». Profiriendo insultos escalonados, es decir, cada vez más graves:

Unos le decían (**Mt 27, 42**): «*Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz*».

Otros (**Mt 27, 42**): «*Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo*». «*Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz*».

Y el peor de todos los insultos, con el cual no sólo ofendieron a Jesús, sino que también insultaron a Dios Padre, cuando decían (**Mt 27, 43**): «*Ha puesto su confianza en Dios: que lo salve ahora, si es que de verdad lo quiere; ya que dijo: “soy Hijo de Dios”*».

Pero, lo que más acrecentó el dolor de María, fue el lamento que escuchó de su Hijo, cuando desde la Cruz gritó (**Mt 26, 46**): «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

Palabras que, como dijo la Madre de Dios a Santa Brígida, no se le pudieron ya apartar de la mente, ni del corazón, mientras no hacía otra cosa que, ofrecer a la divina justicia la vida de su Hijo por nuestra salvación.

Y, así comprendemos que Ella, en mérito a sus sufrimientos, **cooperó** para que naciéramos a la vida de la gracia, y por esto somos hijos de sus dolores. Por eso, con toda justicia la Virgen María es llamada «*la Corredentora*».

4. María, Madre de todos al pie de la cruz

Dice Lanspergio:

- «Quiso Cristo que la Virgen estuviera presente como cooperadora de nuestra redención; pues había decretado darnos a María como Madre, y como Madre, nos debía dar a luz como hijos en la cruz.

- Y si el corazón de María estaba anegado en aquel mar de amarguras, sólo en esto encontró algún alivio, esto era lo único que entonces la consolaba: saber que por medio de sus dolores nos estaba dando a luz para la vida eterna».

Eso mismo le reveló Jesús a Santa Brígida: «*María, mi Madre, por su compasión y caridad, se hizo Madre de todos en el cielo y en la tierra*». Y, de hecho, éstas fueron las últimas palabras con que Jesús se despidió de su Madre antes de morir, éste fue el último deseo, dejarnos por sus hijos en la persona de Juan cuando dijo a la Virgen (**Jn 19, 26**): «*Mujer, he aquí a tu Hijo*».

Y, desde ese momento, empezó María a ejercer con nosotros el oficio de Madre y de madre buena, cumpliendo con su oficio de intercesora, oficio que realizando desde el cielo, porque no es menos Madre nuestra ahora que está en el cielo, que cuando estuvo aquí en la tierra.

Pidamos a Nuestra Señora de los Dolores, que nos engendró al pie de la Cruz, nos conceda la gracia de crecer en el amor a la Pasión de Cristo, que incluye los dolores de su Madre, Pasión de Cristo que como decía San Juan Pablo II: «Es un misterio en el misterio».

F. Sexto dolor: *La lanzada y descendimiento de la cruz*

Consideramos el sexto dolor: La lanzada y el descendimiento de la cruz.

1. *María, Madre de todo dolor*

Dice el libro de las Lamentaciones (**Lm 1, 12**): «*Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor*».

San Alfonso, contemplando estos misterios, en sus coloquios con la Virgen, decía: «Señora, permíteme que te diga que con la muerte de tu Hijo no han concluido tus sufrimientos. Vas a ser herida con una nueva espada de dolor al ver que traspasan con una lanzada cruel el costado de tu mismo Hijo ya muerto, y después tendrás que recibirlo entre tus brazos al ser bajado de la cruz».

Y, esto es lo que vamos a considerar en el sexto dolor que afligió a la Virgen Madre. Espada de dolor que reclama nuestra atención y nuestras lágrimas, porque todos estos dolores no sobrevinieron uno después de otro y pasado largo tiempo, al contrario, cayeron todos juntos, casi en el mismo momento, como un huracán que de improviso azotó el corazón de nuestra Señora.

Basta decirle a una madre que, ha muerto su hijo, para revivir en ella todo el amor a su hijo perdido.

Ahora, Jesús ha muerto, la Virgen María lo ha perdido. ¿Quién podrá ponderar de modo apropiado todo su sufrimiento? Sólo la Virgen María sabe lo que sufrió en su alma, sólo Ella.

2. María ofrece a su Hijo al Padre

Habiendo muerto nuestro Redentor, después de haber dicho (**Jn 19, 30**): «*Todo está cumplido*» y después de entregar su espíritu diciendo (**Lc 23, 46**): «*Padre, en tus manos entrego mi espíritu*», inclinando la cabeza, expiró, murió.

¡Qué misterio! ¡Qué gran **misterio**! Un Dios que, por amor a los hombres, se hizo hombre para salvar a los hombres y los hombres que lo matan de la peor manera. Es el drama real más grande de toda la historia de la humanidad.

Luego de la muerte de Cristo, los judíos pidieron que su cuerpo fuera rápidamente bajado de la cruz, para que no se manchase el sábado pascual (que ya comenzaba con la tarde de ese viernes); pero como no se podían bajar los cuerpos si no se certificaba que estaban muertos, vino el verdugo, cuyo oficio se llamaba “*crurifragium*”, con una maza de hierro a romperle las piernas, como de hecho lo hicieron con los dos ladrones.

Mientras la Virgen María estaba llorando la muerte de su Hijo Jesús, vio que aquellos hombres armados con la maza venían hacia la cruz de su Hijo. Y al verlos, primero tembló de espanto, se estremeció pensando que le iban a destrozar las piernas como a los dos ladrones; y saliendo a su encuentro les dijo: «Miren que mi Hijo ya está muerto; por favor no lo ultrajen más y no sigan atormentándome a mí, que soy su pobre madre».

Les suplicó que no le quebrantasen las piernas, dice San Buenaventura, pero mientras les estaba diciendo esto, un soldado le dio a Jesús una violenta lanzada y con ella le abrió el costado a Jesús y le atravesó su corazón. Como dice el Evangelista San Juan, (**Jn 19, 34**): «*Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*».

Al golpe de la lanza retembló la cruz y el corazón de Jesús quedó abierto, como le fue revelado a Santa Brígida.

«*Salió sangre y agua*», con lo cual, el Salvador nos muestra que quiso derramar hasta la última gota de sangre, y con eso, darnos a entender que ya no tenía más sangre para dar.

Aquí es muy importante recordar que: el ultraje de esta lanzada fue para Jesús, pero el dolor fue para María.

Dice Lanspergio: «Compartió Cristo con su Madre el sufrimiento de esta herida, de modo que Él recibió el ultraje y María el dolor». Jesús no sufrió dolor, porque ya estaba muerto, si sufrió un ultraje su cuerpo, pero la que sufrió en el alma fue la Virgen María.

Y, esta fue la espada que predijo a la Virgen el anciano Simeón; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita, al mismo tiempo que traspasaba la lanza el corazón de Jesús, donde Ella siempre habitaba.

Así dice, San Bernardo: «La lanza que atravesó el costado de Cristo, atravesó a la vez el alma de la Virgen, que no podía separarse de Él».

Tan unidos, tan uno, eran los Corazones de Jesús y de la Virgen, que al traspasar la lanza el Corazón de Jesús también, al mismo tiempo, traspasó el Corazón de María.

Reveló la Madre de Dios a Santa Brígida: *«Al sacar la lanza, estaba teñido el hierro con la sangre. Entonces me pareció como si mi corazón se viera traspasado al ver el corazón de mi Hijo traspasado»*. Fue tan intenso este sufrimiento que María no murió por puro milagro de Dios.

En los demás dolores la Virgen María tuvo a su Hijo Jesús que la compadeció; en este ya no estaba su Hijo vivo para que la pudiera consolar.

3. María recibe el cuerpo de su Hijo

Luego siguió el desclave y descendimiento del cuerpo de Jesús, cuya ceremonia agregó nuevos sufrimientos a la Virgen María. Basta considerar el sufrimiento de cualquier madre cuando le presentan a su hijo muerto.

San Alfonso dice:

Primero, los discípulos desclavaron las manos y a continuación los pies. Y que los **clavos** fueron entregados a María.

Luego, sosteniendo unos el cuerpo de Jesús por la parte superior y otros por la parte inferior, lo bajaron de la cruz.

Hasta que lo colocaron en brazos de la Virgen que, sentada al pie de la cruz, lo pudo sostener en su regazo:

Enmudecida, la Virgen veía aquella carne lacerada, aquella boca entreabierta, los ojos nublados, aquellos huesos descarnados;

Como pudo, quitó la corona de espinas mientras veía los estragos que le habían causado las espinas en la frente, en la nuca y en las sienes de su Hijo.

La Virgen miró aquellas manos y aquellos pies traspasados, y dijo: *«¿Hijo mío, a qué te ha reducido el amor que tienes a los hombres! ¿Qué mal les has hecho para que te hayan tratado así?»*.

Y San Alfonso piensa que la Virgen mirando los instrumentos de la Pasión dijo: *«Oh espinas crueles, clavos acerados, lanza despiadada, ¿cómo han podido atormentar de esta manera a su Creador? Pero ¿qué digo espinas, clavos y lanza? Oh pecadores, - exclamaba, - ustedes son los que han maltratado de este modo a mi Hijo»*.

4. María sólo halla consuelo si evitamos el pecado

Así se expresaba la Virgen María, y así se lamentaba por nuestra culpa, por nosotros los pecadores. Y los Dolores de la Virgen se continúan en el tiempo, porque los hombres con nuestros actuales pecados seguimos persiguiendo y crucificando a su Hijo.

Por eso, San Alfonso nos exhorta: *«No atormentemos más a esta Madre Dolorosa; y si en lo pasado la hemos afligido con nuestras culpas... volvamos hacia el Corazón herido de Jesús; volvamos arrepentidos, que Él nos protegerá»*.

Según las revelaciones de la Virgen a Santa Brígida, a su Hijo ya bajado de la cruz, le pudo cerrar los ojos, pero le costó cruzarle los brazos, como si Jesús quisiera darnos a

entender que quiso seguir con los brazos abiertos para recibir a todos los pecadores arrepentidos que vuelven a Él.

Parece seguir diciendo la Virgen María: *«Mira, oh mundo, que mi Hijo ha muerto por salvarte y no es tiempo para el temor, sino para el amor; tiempo de amar a Jesús que para demostrarte el amor que te tiene ha querido padecer tanto».*

Dice San Bernardino: *«Por eso fue vulnerado el corazón de Cristo, para que, a través de la llaga visible, se viera la herida del amor invisible».*

Escribe San Alfonso, que la Virgen María nos dice a cada uno: *«Si mi Hijo ha querido que le fuera abierto el costado para darte su Corazón, es del todo razonable que tú también le des el tuyo».*

Y si queremos, como hijos de María, encontrar lugar en el Corazón abierto de Cristo, sin vernos rechazados, vayamos junto a María, que Ella nos conseguirá la gracia.

Pidamos a Nuestra Madre que, por los méritos de sus Dolores, nos conceda la gracia de no ofender más con nuestros pecados los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

G. Séptimo dolor: La Sepultura de Jesús y la soledad de la Virgen

Pasamos a considerar el último dolor, es decir: La sepultura de Jesús y la Soledad de la Virgen.

1. María ha de separarse de Jesús

Cuando una madre está junto al hijo que sufre, sin duda padece todas las penas del hijo; pero cuando el hijo ha muerto y va a ser sepultado, y la madre se tiene que despedir del hijo, el pensamiento de que **no lo va a ver más** es superior a todos los demás dolores.

Y, esta es la espada de dolor que vamos a considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz, después de haberlo abrazado ya muerto, debía finalmente dejarlo en el sepulcro, quedando privada de su presencia.

San Bernardo imagina que la Virgen María diría a su Hijo muerto entre sus brazos: *«¡Oh, verdadero Hijo de Dios, tú eras el alma mía! Habiéndote perdido, lo he perdido todo».*

De este modo, la Virgen María estaba anegada en su dolor, abrazada a su Hijo; pero se terminaba el tiempo permitido para la sepultura, ya que en pocas horas comenzaba el sábado, por eso, José de Arimatea, Nicodemo, San Juan Apóstol, junto a las santas mujeres que acompañaron al Señor en el Calvario, las tres marías: María Magdalena, María Salomé y María de Cleofás, todos se apresuraron para poder dar sepultura al Señor.

Para lo cual, con toda reverencia, luego de colocarle los aromas (mirra y áloe), lo envolvieron en una Sábana nueva, recién comprada, como dice el Evangelista (**Mc 15, 45-46**): *«(José de Arimatea) compró una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana y lo depositó en un sepulcro que estaba cavado en la roca».* Es la **Sábana Santa**, en la que, como dice San Alfonso: *«quiso el Señor dejar al mundo impresa su figura, como se ve hoy en Turín».*

Se trató de una sepultura muy rápida y provisoria, por eso, el plan era regresar el domingo para terminar los ritos y hacer una sepultura definitiva, como correspondía a las tradiciones judías.

Por esto mismo, el hecho de realizar una sepultura así, todo a las apuradas, eso mismo, fue un gran dolor para la Virgen María, imaginemos que, como es lógico, Ella misma hubiera querido limpiar el Rostro de su Hijo con todo cuidado y con toda delicadeza, y con todo cariño, y, sin embargo, ni ese consuelo pudo tener.

Lope de Vega, en su poesía «*Al sepultar a Cristo*» describe como se veía el cuerpo muerto de Cristo:

*Ves aquestos rojos pies
y aquestas sangrientas manos,
mira este rostro escupido
y este cabello arrancado.

Mira aquesta boca herida
y aqueste cuerpo azotado;
y esta cabeza sangrienta,
y este pecho alanceado.*

Luego de los preparativos, lo llevaron hasta el sepulcro, en fúnebre cortejo: los discípulos lo cargan, las santas mujeres van detrás, y con ellas la Madre Dolorosa, hasta llegar al Santo Sepulcro.

Llegados al lugar, cuánto hubiera deseado María quedarse allí, con su Hijo, si hubiera podido. Pero como no era esa la voluntad de Dios al menos acompañó el cuerpo sagrado de Jesús hasta el interior del sepulcro, y allí se quedó hasta que llegó el momento de hacer rodar la piedra, para cerrar el sepulcro.

Dijo la Virgen a Santa Brígida: «*Puedo decir con verdad que habiendo sido sepultado mi Hijo, allí quedaron sepultados dos corazones*».

2. María se despide de su Hijo

En el decir de San Buenaventura, al partir del sepulcro la Virgen lo bendijo diciendo: «*Sagrada piedra, piedra afortunada que ahora guardas dentro de ti al que ha estado nueve meses en mi seno, yo te bendigo y te envidio; te dejo que custodies este Hijo mío que es todo mi bien y todo mi amor*».

Y agrega el Santo que, al dejar el Santo Sepulcro, la Virgen María volvió a pasar junto a la cruz, cruz que estaba bañada con la sangre de Jesús, y allí mismo, la Virgen fue la primera en adorarla, diciendo: «*Oh Cruz santa, yo te beso y te adoro porque ya no eres un madero infame, sino cátedra de amor y altar de misericordia, altar consagrado con la sangre del Cordero divino que ya ha sido en ti sacrificado para la salvación del mundo*».

Así la Virgen María, dando el último adiós al Hijo, al Santo Sepulcro y a la Santa Vera Cruz, regresó a la casa donde se alojaba esos días.

Andaba esta pobre Madre tan triste y afligida que, según San Bernardo, que, sin Ella quererlo, los que la veían no podían contener el llanto.

3. *María en soledad*

Una vez en la casa, sintió ese vacío que se siente cuando se regresa a la propia casa, sabiendo que hay alguien que falta y que no va a regresar. Es un silencio, es un vacío, es un espacio que nada lo puede llenar.

Y, junto al vacío y al silencio, la soledad. Soledad que inevitablemente evoca recuerdos, los recuerdos del pasado. Y, en la Virgen, se hacían presentes los recuerdos de la vida y los recuerdos imborrables de la Pasión y Muerte tan despiadada y tan impresionante que sufrió su Hijo inocente.

Se acordaba de los primeros abrazos que le dio al Hijo en la gruta de Belén, de los coloquios tenidos con Él durante tantos años en la casita de Nazaret; le venían a la mente las constantes muestras de afecto y las palabras de vida eterna que salían siempre de la boca de Jesús.

Pero, luego, se le representan las terribles escenas vividas aquel mismo día; aquellos azotes, aquella corona, aquella cruz, aquellos clavos, aquella carne lacerada de su Hijo, aquellas llagas profundas, aquellos huesos a la vista, aquella boca entreabierta, aquellos labios resecos, aquellos ojos sin vida, aquel rostro todo afeado, sucio y deformado.

Eran todas imágenes imborrables, imágenes indelebles grabadas en su corazón y en su memoria.

¡Qué noche aquella de dolor, de lágrimas y, sobre todo, de soledad para María!

Pidamos a la Virgen de los Dolores, Ella que llora por amor, que nos conceda a nosotros la gracia de llorar por nuestros muchos pecados.

Se lo pedimos con algunos versos del «*Stabat Mater*»:

*La Virgen de los Dolores
¿Y es posible que no llores
al verla sufrir así?
¿Puedes quedar impasible
ante dolor tan terrible
sin tomarlo para tí?

Al pie de la cruz de pie
como imagen de la fe,
soportando la agonía
con el alma traspasada
por la septiforme espada
está la Virgen María.*

Bendita sea la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.